

A veces pienso que mi vida depende siempre de la muerte. Soy mujer, porque así me siento y así nací, pero por momentos fui sólo brazos para trabajar. Una noche mi padre voló por el cielo y cayó a la tierra partido en dos; los miembros inferiores cayeron destrozados, mientras que sus brazos y dorso constreñidos se aferraban a un bultito caliente que era yo. Una mina antipersona, ¿Culpables? Quizás yo por enfermarme obligándolo a buscar una ruta más rápida para llegar a la clínica, quizás él por tomar un camino peligroso, o tal vez los culpables sean quienes pusieron la mina allí. En fin el murió y yo viví.

No culpo a mi madre, al final aquí no hay muchas opciones. A los 6 años fui prácticamente vendida a otra gente, trabaje ignorando todas las otras cosas del mundo, sólo podía ver a mi madre dos veces por mes. Pero después su nuevo esposo le prohibió que yo le hiciera mas visitas. Y tiempo después ella también fue vendida para sobrevivir.

Mi voz a los diez años cambio y no se cómo mi señora me hizo cantar, me llevo a su iglesia y sólo me dijo -cantaless a ellos-, en ese momento fui solo un cuerpo, un diafragma que emanaba armonías una vez por semana. El párroco no entendía nada, yo no sabía su lengua, pero él sonreía. Acudí allí frecuentemente para aprender a leer y hablar, fue una orden que me distraía del trabajo. Cuatro años después podía leer y cantar en dos idiomas. Allí frente a la gente que me miraba me daba cuenta que debía satisfacer a todos. Al cantar me exhibieron en una vitrina que hizo más evidente los cambios en mi cuerpo, y fue entonces cuando mi señora recibió dos ofertas para mí.

Dos hombres...

Según mi señora debía decidir sobre uno de los dos, pero, no quería ¿decidir? Les pedí un tiempo, y un día en la iglesia me dijeron ¡cantaless!, ¡pero en tu lengua! y yo Cante. Después me llevaron a un lugar donde grabarían mi voz en un aparato. Era mi única oportunidad, les conté mi historia y dije mi destino. Tres semanas más tarde ellos volvieron y pidieron permiso a mi señora para llevarme más lejos, y poner mi voz en un disco. El arreglo del permiso de tres días llegó a cambio de dinero. -Esa chica ya vale su buen precio-, les dijo a ellos -ya eres merecida por los hombres-. Me dijo a mí. Por tres días valí menos de 90 euros, lo que para ella fue caro, para los que me llevaron fue algo simbólico de ayuda, para mí fue mi vida invaluable y única.

Si hubo una grabación y después escape. Ellos tuvieron su disco y su proyecto, y yo mi única oportunidad. Lo único que sabía era lo que no quería. Decir todo lo que hice no importa ya; mejor quisiera olvidarlo. Carecí de padres pero nunca tuve una orfandad mental. Metida en un camión cruzando países fui un cerdo, una piña, una lámpara, un bulto sin papeles ni nacionalidad. Que no sabe de colores de piel, ni de geografías de tierra y de dinero. Fuimos objetos, cosas que no necesitan aire ni movimiento. Si no me ahogue yo, fue porque otros se ahogaron antes, entregándome céfiros de vida. Gracias a su muerte yo viví, otra vez... Sé de gente que recicla basura, yo aprendí a reciclar el aire y la vida de otros.

Y ahora estoy aquí prestando mi voz nuevamente para ser capturada. He aprendido muchas cosas, pero son más las que me faltan. Sigo siendo explotada a las órdenes de patrones pero mi pago sirve para mí y yo lo gasto. Nuevamente alguien obtiene lo suyo y yo trabajo por vivir. Ahora tengo 29 años. A veces me reúno con amigos y otras veces canto, y pienso ¿Qué fue de mi voz cuando tenía 14 años?, me gustaría escucharme, recordar como era yo, quizás otros lo harán, o quizás estará guardada en algún cajón junto a otros temas de música lejana. Espero algún día reencontrarme con aquella niña que deje en pie entre el matrimonio y la obligación de

¡CANTALES A ELLOS!

cantar, pienso en la voz que existe dentro de mi, en esa voz constreñida en las manos del cuerpo desmembrado de mi padre, que muriendo lentamente resguardo mi voz, porque tal vez supo que eso sería lo único que algún día me haría libre.

Julio Ulises Morales López